

Rosario, para poner música a la letra escrita por D. Florencio Jardiel y al que se presentaron 77 composiciones. El 17 de diciembre, por fallo del jurado, se le concedió el premio al joven músico catalán Juan Bautista Lambert. Diez días después se le entregó el premio después de una audición en el Palacio Arzobispal, donde fue interpretado por un coro de seminaristas. El 2 de enero del año siguiente se cantó por primera vez en el Templo del Pilar y desde entonces ha resonado miles de veces, interpretado siempre con especial devoción y bravura ante la Santa Capilla, es conocido dentro y fuera de España. Para festejar el acontecimiento el día 29 de diciembre de 2004, a las 20 horas en el Altar Mayor de la Basílica del Pilar tuvo lugar un Concierto Mariano, ofrecido por la *Polifónica "MIGUEL FLETA"* dirigida por el Maestro *Emilio Reina*. Acto totalmente extraordinario porque en el Pilar no se celebran conciertos, por el bello programa preparado con diversas composiciones del Cancionero de Upsala (s. XVI), compositores de fama internacional (Vitoria, Gounod y Grieg) y de músicos ligados a la Basílica (Mingote, Borobia, Heredia, Arnaudás y Mur); el cercano millar de asistentes; la pureza original de la interpretación del Himno y la maestría de director, organista y demás intérpretes. Preciosa conmemoración que tuvo su complemento en la celebración litúrgica del 2 de enero donde se interpretó repetidas veces.

Peregrinación Nacional y Clausura

Como ya se ha dicho, la Conferencia Episcopal, con motivo del "Año de la Inmaculada", de la misma forma que en 1905, convocó a las diócesis de la Iglesia en España a una gran Peregrinación, que coincidiese con la Clausura del Año Jubilar y, prácticamente, con el Centenario del día de la Coronación.

Decenas de miles de peregrinos de todas las diócesis de España, con 52 obispos y el Nuncio de su Santidad y más de 500 sacerdotes se dieron cita en la tarde del día 21 de mayo en la Plaza del Pilar para una sencilla celebración de acogida, en la que además de una manifestación folklórica aragonesa, ofrenda de flores, oraciones y cánticos, dirigieron unas palabras de saludo el Alcalde de la ciudad y el Administrador Apostólico de Zaragoza. Posteriormente los peregrinos presenciaron la salida extraordinaria del Rosario de Cristal, que como de costumbre llenó de luz y plegaria las calles del casco histórico y admiró a todos los visitantes.

Cerca de la medianoche bancos y naves de la zona del Altar Mayor de la Basílica del Pilar estaban a rebosar de jóvenes que iban a participar en una Vigilia de Oración, presidida por D. Elías Yanes. Una treintena de Obispos les acompañaban ocupando la Vía Sacra. Varias partes componían estas casi dos horas de oración en las que hubo un hilo conductor que fue el "SI": el sí de Dios a María, el sí de María a Dios y el sí de Dios al mundo, esperanza para la humanidad. Catequesis contemplando cada una de las escenas que componen el retablo de alabastro de Damián Forment.

Testimonios de jóvenes hacían creíble que ahora se puede ser discípulo del Señor, como lo fue su madre. Un coro de más de veinte jóvenes acompañaba los cantos al son de guitarras, bajos y otros instrumentos; la hermana Glenda deleito los oídos y animó los corazones, a la vez que impulsó a todos a cantar con ella “proclama mi alma la grandeza del Señor”.

Todavía, en la madrugada, se celebró una vigilia extraordinaria de la Adoración Nocturna que finalizó con la tradicional Misa de Infantes a las 4,30 horas.

En la mañana del domingo, en distintos templos y por provincias eclesiásticas se rezaron las Láudes que finalizaron con marchas a la Plaza del Pilar para participar en la Misa Estacional, retransmitida por TVE, y en la que al final se renovó la Consagración de España al Corazón de María que se había hecho en la misma Plaza el año 1954 y se escuchó un Mensaje a la Iglesia de España del Santo Padre Benedicto XVI que leyó el Sr. Nuncio. Cantando, una vez más, el Himno a la Virgen del Pilar concluyó esta celebración y se clausuró un año intenso de fervor mariano.

Hasta aquí la crónica externa del Año Jubilar del Centenario de la Coronación, con la mayoría del primer proyecto realizado. Imposible es hacer la crónica más profunda la que se ha tejido en los varios millones de personas que han pasado por la Basílica del Pilar y los cientos de miles que han tomado parte activa en los diversos actos jubilares. Esperamos que ahí la Virgen del Pilar haya sido “faro esplendente” para acercar a la gente más al Evangelio de Jesús —objetivo principal de este Jubileo— de forma que cada uno sea de verdad joya preciosa porque seguimos creyendo que ella nos dice **“Vosotros sois mi corona”**. Entonces el esfuerzo que se ha hecho será verdaderamente válido.

Roger Bacon (1219-1294): un fraile en los orígenes de la ciencia

Rev. Aragon. Teol. 22 (2005)

José Alegre Aragüés

La tensión, tan característica en los últimos siglos, entre ciencia y religión que, en su postura más extrema las declara incompatibles, no tendría las mismas connotaciones si se conocieran un poco mejor los orígenes y la historia de la ciencia cuyo nacimiento y evolución posterior ha tenido entre sus grandes protagonistas a personas creyentes y a representantes institucionales de la Iglesia.

No tiene nada de extraño, al contrario, dedicar a Roger Bacon un artículo que pretende destacar las conexiones profundas que él encontró y siguen dándose entre estas dos preocupaciones básicas del ser humano, necesitado de responder a los interrogantes e inquietudes que la realidad le provoca y eterno buscador de salvación más allá de esta realidad que nos encierra dentro de los límites espaciotemporales.

Nuestra persona ocupa los últimos dos tercios del siglo XIII, pues en el primero desarrolló su infancia y aprendería las primeras letras y números en aquel ambiente tan dinámico y movido de las escuelas catedralicias, junto a la plaza del mercado, que sucedían a las monacales de los siglos anteriores, con más éxito de alumnos.

La proximidad del mercado, con su problemática profesional y moral, la extracción familiar de los alumnos, la presión de la burguesía incipiente y la sensibilidad de la época, contribuyeron a darle una orientación profesional a esta enseñanza para formar a las nuevas generaciones de mercaderes en aquellas materias que pudieran serles de gran utilidad en el ejercicio de su profesión.

El sistema educativo de entonces establecía el paso obligatorio de todos los alumnos por una formación básica inicial común. Era la escuela de artes que ofrecía dos agrupaciones de materias: trivio y cuatrivio; algo así como letras y ciencias.

El trivio comprendía gramática, retórica y dialéctica. El cuatrivio, matemáticas, geometría, música y astronomía.

Después se pasaba al nivel superior en donde las cuestiones más centrales y apasionantes eran las que buscaban encontrar respuestas a los interrogantes que más preocupaban a los humanos: cuestiones de sentido, de esperanza, de trascendencia, de superación del mal, de Dios.

La teología era, pues, la ciencia por excelencia. Todas las demás ramas del saber se ocupaban de aspectos que pudieran contribuir a aclarar la reflexión, búsqueda y conclusiones de la teología.

Era, pues, un proceso lógico que se había iniciado con los griegos, ávidos de conocer el mundo, habían comenzado con la física para desentrañar la naturaleza de las cosas, pero su inquietud les había llevado más lejos, a preguntarse por las grandes preguntas que están más allá de la naturaleza aparente de las cosas, meta-física, y la filosofía, a su vez, les llevaba a la religión o a la desesperanza.

El cristianismo nunca había abandonado el interés por la física ni por la meta-física, pero obviamente su centro era la teología puesto que era una religión que aportaba respuestas y, sobre todo, esperanza de salvación.

Mientras el saber estuvo recluso en los monasterios por desinterés de una sociedad civil apremiada por la subsistencia, los monjes sí que se ocuparon de la física, la cultivaron y hasta le sacaron rentabilidad con sus aplicaciones económicas, pero la reconstrucción de la antigua cultura y la edición de las obras que ellos publicaban les absorbía la mayor parte del tiempo y de su preocupación cultural (J. M^a, Riaza: La Iglesia en la historia de la ciencia, BAC)

La nueva época de las escuelas urbanas va a significar un gran cambio de talante y el encuentro de corrientes distintas en la forma de entender el sistema educativo y las respuestas que debe aportar a la sociedad.

Hay quienes mantienen y defienden la línea que procede de la tradición monacal poniendo el énfasis en una teología expuesta con el apoyo de la autoridad bíblica y de los grandes autores de la historia, de los que algunos se están descubriendo entonces, caso de Aristóteles.

Hay quienes pretenden hacer de la enseñanza una oferta profesional que prepare para el ejercicio de la profesión mercantil tan arriesgada, aventurera y rentable, a la vez que tan necesaria para unas sociedades todavía tan cerradas y carentes de tantos productos. La contabilidad, la comunicación, la orientación y la retórica eran fundamentales.

Hay quienes preferirían dar más fuerza a las matemáticas y la experimentación para ofrecer un método pedagógico que no se conformara con repetir doctrinas y visiones ya formuladas sino que intentara renovarlas de acuerdo a los nuevos logros y que animara a buscar nuevas metas. Oxford ya tenía esta inclinación porque algunos de sus grandes maestros habían dejado su sello en la mentalidad de los alumnos.

Roberto Groseteste pasó, prácticamente, su vida en Oxford. Primero como estudiante, después maestro, posteriormente rector-canciller, para terminar luego de Obispo en Lincoln sin desvincularse totalmente de su alma mater.

Apasionado de la matemática que consideraba el lenguaje más eficaz para penetrar en el conocimiento de la naturaleza y, por eso, la base de toda educación, sus conocimientos físicos le llevaron al campo de la óptica y al tema de la luz, al que era muy sensible porque la consideraba la forma de toda la realidad.

Esta sensibilidad empírica la transmitió a sus alumnos y creó un ambiente propicio para su desarrollo al que Oxford ha sido fiel hasta hoy.

A Roger Bacon le impresionaba además que su maestro sabía griego y, de esa manera, podía leer directamente a los grandes autores antiguos sin interpretaciones intermedias.

EL AMBIENTE UNIVERSITARIO

Las escuelas urbanas, en su crecimiento y expansión, iban necesitando un respaldo oficial que controlara y garantizara su calidad y ortodoxia. Para eso se acogieron a la única autoridad reconocida, la papal, que marcaba condiciones que luego respaldaba con su autoridad.

El Concilio III de Letrán, en 1179, había decretado la fundación de escuelas gratuitas en las catedrales. La conveniencia de dar formación a sus hijos se extendió tanto entre la burguesía que las escuelas se vieron desbordadas, faltas de maestros, ante lo que tuvieron que otorgar un permiso a sus alumnos mayores para que asumieran funciones de maestros. El permiso se extendía como **Licentia ubique docendi**, título que todavía hoy es requisito para la enseñanza.

En París, la asistencia de alumnos extranjeros creaba tensiones que explotaron en la fiesta de carnavales de 1170 y terminaron con su temporal expulsión.

En Oxford, las tensiones originaron la muerte de dos estudiantes, un amotinamiento general y la fundación de Cambridge como escisión en 1208 para satisfacer la demanda.

En España la primera es la de Palencia como estudio catedralicio en 1180 y como universidad en 1208.

Las tensiones también se dan por el acceso a las cátedras y el control de los claustros. Las preferencias ideológicas y la consideración patrimonial de los departamentos ya eran entonces cuestiones polémicas.

La tradición de las escuelas catedralicias había asignado al clero la responsabilidad de la formación, pero la aparición de unas órdenes religiosas nuevas, no monacales ni rurales sino urbanas, significaba una espiritualidad y una teología muy novedosas con grandes consecuencias para la organización social y política.

Las órdenes mendicantes entran en los ámbitos universitarios y no tardarán en provocar la reacción airada de los clérigos seculares ante la avalancha de los fraticelli (frailes). Guillermo de Saint Amour es expulsado de París en 1256 por haber iniciado la protesta.

La expulsión no anula el descontento que se viene a sumar al existente anteriormente contra los extranjeros que llenan las aulas como alumnos y como maestros.

Roger Bacon, de carácter apasionado, participa activamente en la movida universitaria, primero como estudiante seglar en Oxford, desde 1240 en París, más tarde, 1250, como maestro en ambas universidades, y desde 1256 también como fraile, pues descubrió su vocación religiosa cuando ya era adulto pasando a formar parte de la orden franciscana sin llegar a ordenarse sacerdote.

“Durante cuarenta años los seculares no han escrito ni un solo tratado de filosofía o teología que merezca tal consideración”, dice Bacon en 1271 en su obra *Compendium studii philosophiae*, afirmación tan agresiva se corresponde con el carácter de su autor en medio de un contexto enormemente tenso que se daba entre los profesores de las nuevas órdenes (dominicos y franciscanos) y los clérigos tradicionales.

Son años en que las tensiones atrapan las energías de los grandes maestros de la cristiandad en disputas internas sobre las aportaciones de los grandes genios de la filosofía griega.

¿Es Aristóteles tan grande como para ponerlo en paralelo con la Biblia? ¿No procede de Dios todo el saber? Toda autoridad humana es, pues, secundaria. Y de Dios procede también la razón, la naturaleza, la experiencia.

Las disputas de escuela enfrentan también a las nuevas órdenes religiosas entre sí, sacan a la arena del debate a sus máximos exponentes: Alberto Magno no quiere volver a París para no verse en medio de todos los ataques y controversias. Sí lo hace

Tomás de Aquino que pasará los peores años de su vida acosado y acusado de arisototelismo radical.

Como R. Bacon es, posiblemente, el cabecilla de los enfrentamientos por las acusaciones que hace de ignorancia a sus adversarios, los prohombres de la teología, por carecer de una preparación en ciencias matemáticas y físicas. Pero sospechoso él mismo de herejía dada su afición a la alquimia y a la astrología desde que conoció al alquimista Pedro de Maricourt, el director general de la orden franciscana, entonces Buenaventura, le prohibió escribir, prohibición que le indultó el Papa Clemente IV para que pusiera por escrito su pensamiento.

OBRAS

Durante esta época compuso sus obras en un plan ordenado: *Opus Majus*, como exposición de sus tesis; *Opus Minus*, como explicación; *Opus tertium*, como introducción a su pensamiento. *Opus Principale*, que pretendía ser una exposición enciclopédica de los conocimientos de su tiempo quedó incompleta. Y el *Opus Compendii Philosophiae* (1271) que le trajo muchos problemas por sus acusaciones indiscriminadas y le supuso el arresto conventual durante catorce años. Al final de su vida el *Opus Compendii Theologiae*.

Su carácter y la tensión que le ganó tantas antipatías no impidió que su formación, su finura intelectual y sus propuestas originales le ganaran el título de *Doctor Mirabilis*.

Marcado por el ambiente de su universidad en lo concreto y experimental, contribuyó al desarrollo de algunos avances de la ciencia; la invención del cristal de aumento, la teoría del arco iris, el cálculo de magnitudes planetarias.

Pero de lo concreto y experimental él quiso hacer algo más: método y objetivo del estudio.

EL PENSAMIENTO

Situar a Roger Bacon en una panorámica sobre el tema de la Ciencia y la Religión desde la perspectiva que adquiere en algunos protagonistas insignes de la historia de la Ciencia, no significa considerarlo como un científico al estilo de tiempos posteriores a los que él vivió o de lo que hoy se podría entender.

Porque Roger Bacon vivió en el siglo XIII y fue un hombre de su tiempo, muy de su tiempo, centrado en las preocupaciones teológicas que absorbieron a todos los intelectuales y grandes genios de este siglo.

El fue un teólogo por vocación, formación y conocimientos, y en ese sentido un hombre muy medieval.

Fue teólogo, también, por “profesión”. Sus dos “profesiones” se derivaban de un sentido religioso que le llevó a “profesar” como franciscano, siendo ya adulto, y desde ahí a integrarse en la corriente intelectual que sus maestros supieron contagiarle y que él quiso, a su vez, transmitir a otros desde la enseñanza, a la que dedicó toda su vida aunque no siempre le dejaron ejercerla.

Esta otra pasión por la enseñanza hace de él un escolástico pero con los rasgos propios de su personalidad desbordante, apasionada y polémica.

Como teólogo subrayó el carácter central e integrador de la teología respecto a las demás artes (así se llamaban entonces las otras ramas del saber): “Scientia dominiatrix aliarum”. Lo que implicaba el correspondiente carácter auxiliar de las demás y un status de dependencia y subordinación en el conjunto articulado del saber.

Una única sabiduría ha dado el único Dios a este único mundo para un único fin. Todo el saber procede de Dios y debe estar integrado para ir progresando en el conocimiento de Dios que se manifiesta en el Verbo (1ª Revelación), en la iluminación interior (2ª Revelación) y en el mundo (3ª Revelación).

La Revelación más importante nos la transmite el Verbo, que incluye toda la tradición bíblica hasta Jesucristo, culmen de la sabiduría. De ahí que el conocimiento y contemplación de la Sagrada Escritura sea la más alta cota y la máxima preocupación del teólogo, así como el centro de su enseñanza, cuyo método era la lectura y comentario de la Biblia (Sacra Pagina).

Una forma de profundizar y comprender mejor la Biblia es ayudándose de la sabiduría que nos ha llegado por la reflexión y búsqueda de otros pensadores insignes que la humanidad ha tenido y que, con grandes oscilaciones, alcanzó su máximo nivel con los pensadores griegos, especialmente Aristóteles, que consiguió tan gran profundidad y claridad porque fue permeable a la influencia de la sabiduría judía: patriarcas y profetas.

La verdad de la filosofía está en su grado de acercamiento a la verdad bíblica. Los grandes filósofos lo son en la medida en que sus afirmaciones coinciden o se acer-

can a la enseñanza doctrinal y moral de las Sagradas Escrituras. Lo que nos dicen es muy importante, pero...

En el "pero" es donde encontramos la característica que hacen de Roger Bacon una persona especial que da sentido al título de estas líneas y que le ha valido un reconocimiento en la historia distinto al de su tocayo Francis Bacon, que en el siglo XVI significó otro punto importante en el despertar de la Ciencia.

LA CUESTIÓN DEL LENGUAJE

El "pero" hace alusión a los distintos ámbitos del saber y el interés que pongamos en cada uno de ellos.

Porque si la Sagrada Escritura es el culmen de la sabiduría a cuya comprensión y profundización se dedica la Teología. Todo debe estar al servicio de esta tarea, la más alta a la que puede aspirar un ser humano.

Pero a la actitud religiosa con que conviene acercarse a ella debe acompañar un bagaje intelectual lo más amplio y riguroso posible en el que el dominio de las lenguas es de primera importancia porque hay una gran diferencia entre el texto original y los textos traducidos.

Es necesario en la Sagrada Escritura, aunque la función del Magisterio es precisamente velar por una transmisión y traducción auténtica del texto y del mensaje bíblico. Pero más necesario se hace en filosofía en relación a los textos de los grandes autores cuyas obras nos han llegado por traducciones no siempre fieles al original y, a menudo, intencionadamente corregidas o interpretadas.

El estudio de las lenguas era, para él, de la máxima importancia, hasta el punto de convertir el conocimiento del hebreo y del griego, sobre todo éste por su aplicación a los filósofos, en un criterio de competencia o incompetencia de los maestros de su tiempo. Mientras unos podían ser grandes maestros por el hecho de saber griego, otros podían ser simples charlatanes si no lo sabían, aunque su prestigio y el número de sus obras fuera grande.

Tenía, pues, su propio sentido de autoridad intelectual en un tiempo en que los grandes maestros antiguos y contemporáneos eran idolatrados.

Fue una gran ocasión la polémica averroísta y su correspondiente condena, con algunas manifestaciones aristotélicas, para levantar bandera y unir su rebeldía personal con su postura intelectual en algo que a él le interesaba resaltar: el método.

Sus grandes ídolos intelectuales son aquellos que han unido a la profundidad doctrinal la aplicación de un método riguroso y propio para contrastar la verdad de lo que han recibido.

Sus grandes maestros de Oxford le habían despertado la admiración por el método natural como tercer ámbito de Revelación. Era necesario, por lo tanto, profundizar en su conocimiento real más allá de la apariencia. Para ello era imprescindible el conocimiento de la matemática, porque ese es el lenguaje de la naturaleza, así como la geometría es la forma en que se presenta.

No hay conocimiento natural sin matemática y geometría, ellas nos permiten conocer las causas de todas las cosas. Son el camino indispensable para acercarse a la realidad natural de las cosas creadas y poder entender el orden que Dios, como Creador, ha establecido.

El rigor y la claridad del lenguaje de las matemáticas es tan grande que sus conclusiones pueden aceptarse rotundamente como ciertas. De ahí su fuerza y su necesidad para el saber.

Claro, que el lenguaje matemático nos habla de la realidad en sentido abstracto. Podemos entenderlo como cierto y aceptarlo pero le falta algo para que su aceptación pase del plano teórico al personal. Un ejemplo que él pone: Si el lenguaje matemático nos hablase de la fuerza de un punto en combustión para quemar nos convencería teóricamente pero no se convertiría en actitud de miedo o precaución hasta que lo experimentásemos.

LA EXPERIENCIA

Esta es la gran clave que cierra el ciclo del saber y que da validez a lo que los otros saberes nos dicen.

Pedro de Maricourt, francés, aficionado a las ciencias y autor de un tratado sobre el imán, fue quien le influyó en este aspecto, como conclusión del cálculo y el razonamiento matemático y como habilidad para comprobar empíricamente.

Roger Bacon hizo de la experiencia, de la experimentación, de la necesidad de comprobar empíricamente lo que la teoría le afirmaba, una exigencia concluyente, la necesaria conclusión del proceso intelectual.

Pero como es necesario habituarse y cultivar la sensibilidad y la habilidad manual, los maestros deben iniciar a los alumnos en su práctica y hacerles repetir con-

tinuamente ejercicios de manualidad experimental para que ellos, también por sí mismos, vayan incrementando la ciencia con sus nuevas aportaciones.

Su gran efecto será un conocimiento más exacto de la realidad de los fenómenos astronómicos, a partir de ellos, por su gran influencia, los terrestres, y el mundo de la naturaleza que es también un mundo de Dios.

Es el origen, pues, de una ciencia de la realidad externa que él llama **ciencia experimental**, primera vez que aparece esta expresión en la historia del pensamiento.

Con ella, además de conseguir una certeza completa y de ser complemento de todas las demás ciencias, se conseguirá mucho poder, que podrá ser aplicado a la lucha contra los infieles, derivado del conocimiento de los secretos que la naturaleza encierra.

La Iglesia y los príncipes del mundo deberían favorecer el estudio y desarrollo de esta ciencia experimental para asegurarse el dominio y el control de las sociedades.

Es tanta la importancia que da a esta nueva ciencia experimental que la entiende, no simplemente como una más junto a las otras, sino como un talante distinto y un espíritu nuevo en el conocer, aprender y aplicar.

De ahí su insistencia en que no se trata de introducir una cosa más en el conjunto de las artes, sino de dar a la investigación y a la enseñanza una forma nueva en la que el método sea tan importante o más que los conocimientos, en donde los maestros no tengan la última palabra sino que conduzcan y animen a los alumnos a confirmar, comprobar experimentalmente lo que van aprendiendo y a ampliarlo.

Esto requiere un cambio en la pedagogía y en la relación con el mundo. Otra faceta a resaltar en Roger Bacon, su sentido reformador y pedagógico.

LA REFORMA PEDAGÓGICA

La reforma pedagógica la soñó como nacimiento de una era nueva que ayudaría a superar el saber repetitivo de unos maestros que controlaban el conocimiento y eran un obstáculo para su desarrollo.

Hizo de su propuesta una pasión personal que vivió con intensidad y que le provocó muchas tensiones porque asumió su defensa y propagación como una misión noble que debía realizar puesto que abría unos horizontes nuevos de inmensas posibilidades.

Al servicio de esta misión se puso con todo el carácter apasionado de quien no se calla por sinceridad, de quien ejerce una crítica a veces agresiva y en ocasiones despectiva, de quien predica la necesidad de un cambio urgente y de quien sufre por no sentirse entendido y, muchas veces, criticado y atacado hasta el punto de ser desautorizado, expulsado de la universidad y recluso durante años en la cárcel.

En los años de inactividad pedagógica es cuando, a petición del Papa Clemente IV, escribe su *Opus Majus*, una obra de carácter enciclopédico que, más que una recopilación de la ciencia de su tiempo, pretende ser una presentación, en abanico, de las muchas posibilidades que ofrece para seguir buscando: Condiciones para seguir el estudio de la filosofía, cómo aplicar el método matemático, la geometría y sus aplicaciones, la astrología y su interpretación, qué es la visión, en qué consiste el método experimental, un tratado de moral y un gran número de campos que muestran la amplitud de su cultura, todo visto desde su preocupación para encontrar las condiciones para el avance de las ciencias.

Fue, pues, profeta de una causa que identificó con su vida.

Fue, en plena Edad Media, un hombre medieval, teólogo, religioso, mendicante, austero, firme en convicciones y en carácter, entregado a su ideal, inquieto y buscador aunque con enormes dificultades ambientales y económicas para realizar muchas de sus inquietudes. Con un gran sentido de soledad para encontrarse en un medio que no terminaba de entender el horizonte al que se dirigía.

Fue un hombre medieval pero urbano, es decir, propio de una sociedad en la que el mercado ya había introducido el gusanillo de la innovación y de la utilidad, del saber aplicado para obtener facilidades y ventajas, para ampliar horizontes y mundos, pero donde también había resistencias culturales, institucionales y personales para aceptar los cambios.

Soñó e intuyó una universidad distinta y eficaz al servicio de un futuro más que testigo de un pasado.

Buscó una unidad del saber global en el que lo religioso, lo filosófico y lo científico se integraran apoyándose mutuamente para penetrar con más eficacia y profundidad: en el mundo natural (tercer nivel) que nos habla de Dios, en la conciencia íntima (segundo nivel) y profunda de todo ser humano en donde Dios se identifica con las profundas aspiraciones de la persona, y en el complejo mundo, seductor y misterioso, de una Revelación (primer nivel) donde la Palabra humana se hace tan profunda que parece divina y donde la Palabra de Dios es tan histórica que parece pensada y escrita por los hombres.